

las sacerdotisas afirman frecuentemente que en sus sueños han visitado la mansión de Tapa (el Dios supremo), y visto al Creador habitar una casa semejante á la de un Malayo, y adornada en su interior de una innumerable cantidad de fusiles, de gongos (instrumentos de música de los Chinos), y de cubas. El mismo Tapa está vestido como un Dayak. » Hind habla de un indio Crie que pretendía que había estado muerto y que había visitado el mundo de los espíritus: su supuesta visita, hecha según Hind, durante un sueño, es probablemente como la de los Dayaks, una visión tenida en un estado de insensibilidad anormal. En efecto, en diversas comarcas se explica estas largas ausencias del otro yo, suponiendo que hace un viaje al mundo de los espíritus. En apoyo de esta explicación, Mr. Tylor cita hechos que toma de los Australianos, de los Khonds, de los Groenlandeses, de los Tártaros, y cita además las leyendas griegas y escandinavas como implicando la misma idea.

Añadiré, por vía del más extraño ejemplo de estas creencias derivadas, la de ciertos Groenlandeses que, según Crantz, creen que la alma puede «alejarse del cuerpo por largo tiempo. Y aun hay quienes pretenden que, cuando ellos parten para un largo viaje, dejan su alma en sus casas sin que por ello les falte buena salud.»

De este modo, expresiones que no tienen entre nosotros más que un sentido figurado, han conservado entre los hombres de una civilización inferior un sentido literal. Los Australianos del Sud dicen de un individuo sin conocimiento, que está «sin alma;» y nosotros mismos decimos que está «inanimado.» De igual manera, aunque nuestras ideas sobre el estado de una persona debilitada no se parecen ya á las de los salvajes, las palabras de que nos valemos para expresarlas suponen el mismo origen; nosotros decimos que «ha perdido sus sentidos.» (1)

(1) Con razón se ha dicho de la obra que publicamos, que Mr. H. Spencer parte del supuesto demasiado riguroso de que todos sus lectores conocen lo que él calla ó indica de una manera ligera, y que el efecto que sus elocuentes demostraciones causaría de obrar de otro modo, resulta ménos concluyente por causa de dichas omisiones. Esto es verdad. Como habrán notado los lectores, mientras el autor expone con minucioso detalle lo que los salvajes deducen de los fenómenos naturales cuya significación desconocen, solo alguna que otra vez hace alusión á las grandes razas históricas, y aun son más raras las referencias á los pueblos modernos. Verdad es que su libro resultaría interminable si parangonase continuamente el saber de los pueblos salvajes con el de las razas civilizadas; pero nosotros creemos que un término medio sería muy útil al fin mismo que se propuso el autor al escribir la Sociología, y como quiera que en los tomos publicados de

Las creencias actuales que acabamos de referir, así como aquellas de que hemos hablado en los precedentes capítulos, nos llevan algo más lejos de nuestro objeto. La evolución ha dado á las supersticiones que hoy encontramos,

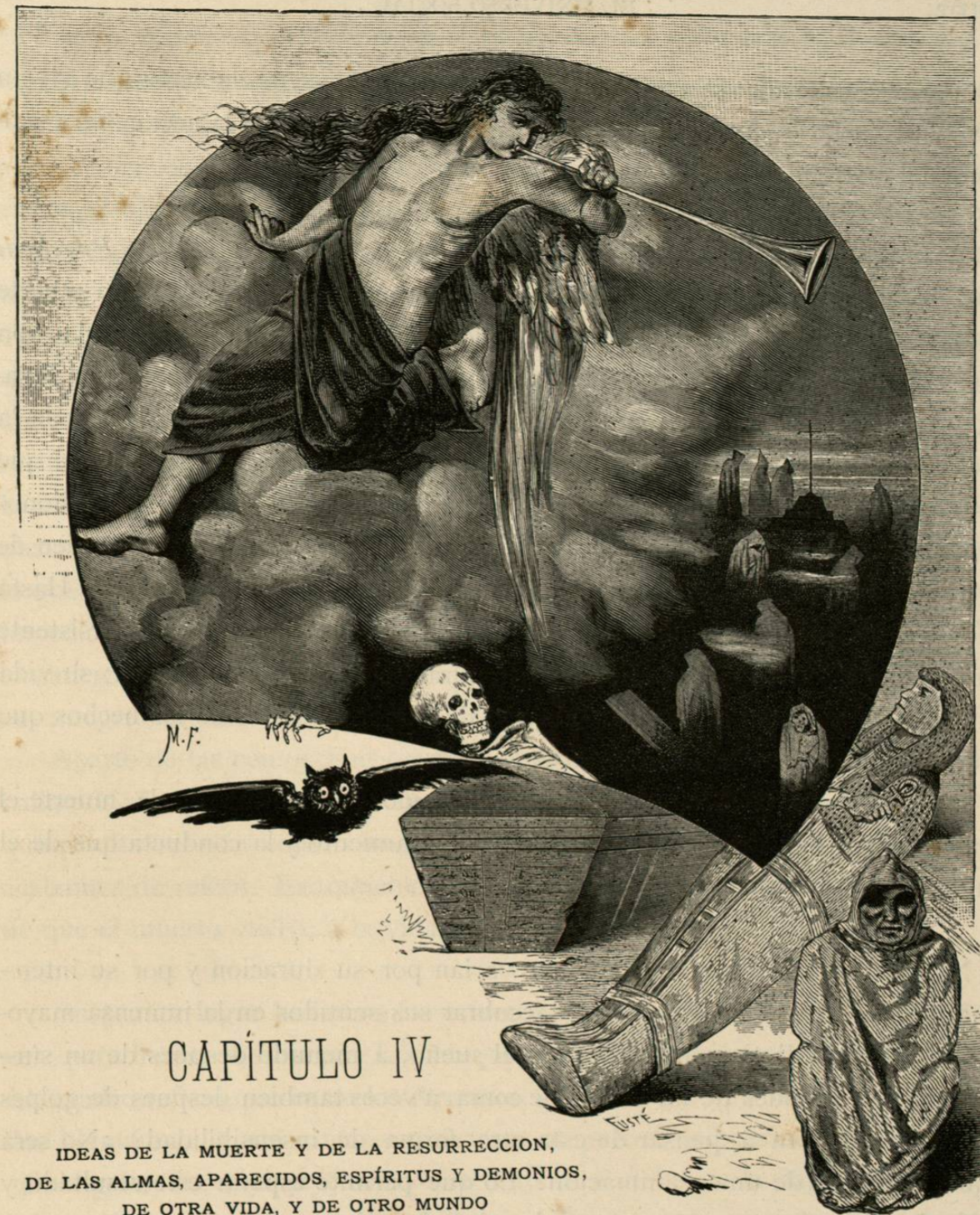
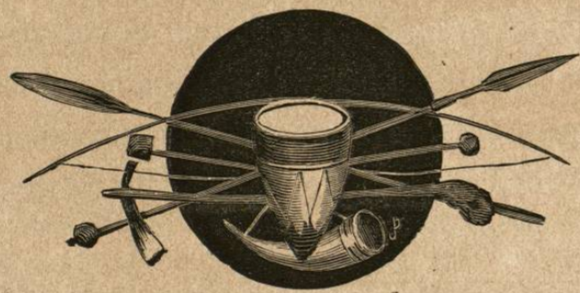
la Sociología Descriptiva, los pueblos civilizados están imperfectamente representados, de aquí que nos parezca conveniente añadir en nota algo más sobre el sueño, su naturaleza, y efectos, entre las razas superiores.

Que el sueño no es más que el resultado del cansancio que experimentan nuestros sentidos y músculos, que no pueden estar en continua actividad, es cosa demostrada hasta la saciedad desde Anaxágoras á Cabanis, Bichat, Jouffroy, etc. Y que la alma, el espíritu, ó lo que piensa, no duerme jamás, lo prueban los sueños y multitud de hechos tal como el despertar á la hora en que uno quiere levantarse por anormal que sea, etc. De esta aparente contradicción, del dormir del cuerpo, y del velar del alma, nace lógicamente, cuando se desconoce la causa del reposo del cuerpo, la idea del duplicado espiritual, las dos almas. Y una vez esto admitido, la comunicación entre sí de los espíritus es una de las consecuencias más inmediatas y ménos incontestables. Es por esto que los sueños, y el arte ó ciencia de su interpretación que se encuentra en todos los pueblos de la antigüedad, ofrecen grande analogía con lo que resulta hoy vivo todavía entre los pueblos salvajes.

Ciertamente nada tan instructivo como lo que Macrobio nos dice por vía de prólogo para autorizar el *Sueño de Scipion*, nada tan instructivo, porque la mezcla de verdad y de error, de superstición y de recto modo de pensar es tan notable, que basta á demostrar cuán difícilmente la ciencia se impone á la debilidad de nuestra razón. Macrobio, pues, que explica cómo muchos sueños no son más que una continuación del estado del alma cuando despiertos, nos dice muy formal «que la aparición en sueños de un personaje venerable é imponente, tal como el padre, la madre, un sacerdote, la misma divinidad, que es lo que llamaban los antiguos el oráculo, para instruirnos acerca de lo que se debe hacer,» no solo es cosa digna de fé, sino de una verdad y rigor incontestable. Y, refiriéndose al caso del sueño de Scipion, escribía Macrobio:—«Se objetará que un sueño que abraza la cosa pública y la generalidad de los seres, no puede convenir á Scipion, que no estaba revestido todavía de la suprema magistratura, puesto que su grado, como él mismo decía, no le distinguía apenas de un soldado. Verdad es que según la opinión general, todo sueño que haga referencia al cuerpo político no tiene autoridad sino cuando ha sido enviado al jefe del cuerpo ó á sus primeros magistrados, ó cuando es común á un gran número de ciudadanos, en cuyo caso es necesario que hayan visto los mismos objetos.... Sin embargo, se puede decir sin faltar á las conveniencias, que aun cuando en verdad Scipion no era ni cónsul, ni general.... por ser una persona tan distinguida por su saber como por sus virtudes, fué iniciado durante su sueño, á todos los secretos de la naturaleza.»—*Commentarius a Cicerone in somnium Scipione*,—Cap. III, lib. I.

Cuando se puede razonar de esta suerte y admitir tales revelaciones, no puede extrañarnos que los hombres creyentes de la antigüedad, una vez abrazaron el cristianismo, llevaran á la nueva doctrina las viejas supersticiones, y que por tan respetable conducto se hayan perpetuado entre nosotros.

rido no tarda en «volver en sí,» y no se vuelve á ir; ora volviendo á sí al cabo de larga ausencia, abandona pronto su cuerpo por tiempo indefinido. Finalmente, en lugar de estos regresos temporales seguidos de una ausencia final, sucede á veces que un golpe violento produce, desde el primer momento, la ausencia continua, un estado en que no se vé la vuelta del otro yo.



CAPÍTULO IV

IDEAS DE LA MUERTE Y DE LA RESURRECCION,
DE LAS ALMAS, APARECIDOS, ESPÍRITUS Y DEMONIOS,
DE OTRA VIDA, Y DE OTRO MUNDO

SIN vacilar admitimos que es fácil distinguir la muerte de la vida, y no dudamos que siempre se ha debido saber como hoy que el término natural de la vida es la muerte. En ambos puntos estamos en un error.

«Nada más cierto que la muerte; nada á veces más incierto que la realidad de la muerte; citanse numerosos ejemplos de personas enterradas prematura-

caracteres más específicos que los de las ideas primitivas de que provienen. Debo, pues, como antes hice, rogar al lector que prescinda de los detalles de estas interpretaciones, y que solo se fije en lo que tienen de comun. El hecho

Léase ahora lo que á continuación copiamos de S. Agustín, — *De Civitate Dei*, capítulo XVIII, lib. XVIII,—y dígase qué concepto nos merecería el pueblo malayo, africano, ó americano incivilizado que nos diera una explicación análoga de los sueños.

S. Agustín confesaba que no creía en la virtud sobrenatural de poder cambiarse una cosa en otra. Así negaba que ciertos posaderos de Italia pudiesen cambiar, como se decía, el queso en caballos; pero hé aquí la explicación que da del sueño de un tal Præstantius que después de haber comido una cierta cantidad de queso se quedó dormido sin poder despertar, habiendo soñado durante su sueño que era caballo, y que junto con otras acémilas había llevado un convoy de provisiones á un campamento romano. «Esas cosas, dice, son de tal modo raras, que no se les puede dar fé. Sin embargo, hay que creer firmemente que, como Dios es todopoderoso, puede hacer todo lo que quiere.....» «y que los demonios que son ángeles, pero corrompidos, no pueden hacer sino lo que Dios les permite.» «Así no creo que puedan cambiar la alma de un hombre en la de una bestia, ni tampoco hacer semejante cambio con su cuerpo. Lo que hacen en mi opinión es amodorrar los sentidos del hombre de una manera más profunda de lo que sucede en el sueño;»—la coma—«y sin embargo, como su fantasía, bien que incorpóral, es susceptible de mil impresiones diferentes de los cuerpos, y capaz de convertirlo en una forma imaginaria y de hacerle parecer de esta suerte á los ojos de los otros hombres, pueden también hacer que aquel de quien se burlan se crea tal como aparece, como se podría creer, durmiendo, que es un caballo y que marcha cargado. Si esas cargas son verdaderos cuerpos, son los demonios los que las llevan, á fin de sorprender á los hombres con esta ilusión y hacerles creer que la bestia que ven es tan real como la carga que lleva.»

Con esto no queremos decir que la gente civilizada, al igual de los salvajes, entienda que es verdad cuanto le dicen los sábios y los ignorantes sobre la materia. No; en materia de sueños como en muchas otras cosas, lo que distingue á los civilizados de los incivilizados es la incredulidad. Y si hoy son muchos los que á pesar de los progresos de las ciencias creen todavía en los avisos de los sueños, esto no solo debe imputarse á la ignorancia original de nuestro espíritu, si que también á las enseñanzas de autores como los citados, que por esto lo han sido y no por otro fin. Pero ya que todavía son muchos los que se dejan embaucar por los que saben de los sueños la significación alegórica, nos parece muy á propósito trasladar aquí el principio del delicioso y prudente diálogo de Luciano, intitulado *El Sueño ó el Gallo*, para que se vea que en los primeros tiempos del cristianismo había paganos más ilustrados de lo que lo fueron los *padres* de la nueva idea. Dice así el diálogo:—*Micillo*.—«Gallo maldito, que Júpiter te reviente, cruel enemigo de mi sueño; tú que vienes á despertarme con tus agudos y penetrantes gritos, en tanto estaba yo sumido en el más agradable sueño, y gozaba, en el seno de la opulencia, de la más perfecta felicidad. Pues qué, ¿no puedo durante la noche evitar la pobreza, mil veces más detestable que tú mismo? Sin embargo, el profundo silencio que reina

que hay que observar es que las formas anormales de insensibilidad reveladas en tales y cuales momentos, reciben inevitablemente la misma interpretación que la forma normal de insensibilidad observada todos los días: ambas interpretaciones se sostienen mutuamente.

El hombre primitivo es testigo de estados de insensibilidad de duración variable y de intensidad variable. Conoce el sueño en que se despierta súbitamente en cuanto la cabeza cae sobre el pecho; el sueño ordinario que concluye al cabo de algunos minutos ó que dura algunas horas, cuya profundidad varía desde el estado en que se le puede poner término con solo pronunciar el nombre de la persona dormida, hasta el estado en que no se puede interrumpir sin sacudirla y sin gritarle al oído; el letargo, en que el sueño es aun más largo, el despertar breve é imperfecto; el síncope, ya de algunos segundos, ya de varias horas, del que parece á veces que se puede sacar al paciente llamándole repetidas veces, pero en el que también permanece otras obstinadamente sumido; la apoplejía, la catalepsia, el éxtasis y otras especies de pérdida de conocimiento, estados que duran mucho, que se parecen por la persistencia de la insensibilidad, aunque no por los relatos que al volver en sí hace de ellos el paciente. Además, en varios estados comatosos difieren en que á veces acaban por despertar, quedando en otras en un estado de inmovilidad que llega á ser completa y que se continúa indefinidamente: el otro yo permanece entonces tanto tiempo ausente, que el cuerpo se enfria.

Pero la más significativa experiencia es la que se adquiere viendo estados de insensibilidad que sobrevienen á consecuencia de graves heridas y de violentos golpes. El salvaje no ha reconocido antecedente para las otras pérdidas de conciencia; mas respecto de estas dos últimas, el antecedente aparente es el golpe dado por el enemigo. Este golpe produce resultados variables. Ora el he-

«por todas partes, ese frío picante de la mañana, seguro avisador de la llegada del día, que no siento aun, me dicen que todavía no es la media noche. ¡Y ese desgraciado gallo, que no duerme como si guardase el toison de oro, se pone á gritar desde la tarde! Pero por mi nombre, que te vas á acordar; que amanezca, y me vengaré de tí dándote de palos, pues si lo hiciera en este momento me darías demasiado que hacer con tus brincos en medio de las tinieblas.» — *El Gallo*. — «Micillo, mi querido amo, yo creía al despertarte lo más de madrugada posible, obligarte y darte los medios de hacer más trabajo; cuando no remiendas más que un zapato antes de levantarte, ya habrás con ello ganado tu pan. Si te gusta más dormir, te dejaré en descanso, y seré más mudo que los peces. Pero ten cuenta de no ser rico más que en sueños, y de tener hambre al despertar.»